

DOMINGO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 10,34a.37-43): **Dios lo resucitó al tercer día.**

Salmo (117,1-2.16ab-17.22-23): **«Este es el día en que actuó el Señor»**

2ª lectura (Colosenses 3,1-4): **Vuestra vida está con Cristo.**

Evangelio (Juan 20,1-9): **Vio la losa quitada del sepulcro.**

La fe en la resurrección de Cristo no es producto de un deseo, un sueño o una añoranza, es el fruto de un encuentro con el Resucitado. Quizá no lo haya visto ni palpado, pero lo he experimentado. Puedo recibir de mis padres y catequistas la enseñanza y la doctrina, pero no basta. Mi fe será viva, no enseñada, cuando de algún modo haya experimentado la presencia viva de Jesús. Sólo así podré ser testigo de la Pascua.

Es el triunfo de la vida. La muerte es nuestro gran interrogante y nuestro angustioso horizonte. Humanamente hablando es muy difícil superar este miedo “mortal”. La muerte se presenta como disolución y corrupción, como silencio y vacío, como la nada. «El abismo no te da gracias, ni la muerte te alaba, ni esperan en tu fidelidad los que bajan a la fosa» (Is 38,18). La gente se extrañaba enormemente, casi se escandalizaba, de que los cristianos, hombres y mujeres vulgares, no sólo no temieran, sino que fueran a la muerte cantando.

Es el triunfo del amor. Es pura coherencia, porque la vida consiste en amar. Se nos dijo que “el amor es tan fuerte como la muerte”; ahora sabemos que el amor es más fuerte que la muerte. Bastaría escuchar el himno triunfal de Pablo: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? (...) Estoy seguro de que ni la muerte ni la vida (...) ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rm 8,35.38-39).

«Resucitó según las Escrituras». Este artículo de fe que nosotros recitamos en el Credo es el que comenzaron a comprender los apóstoles en la mañana de la Resurrección. Nos dice el evangelio que cuando el discípulo amado, el que había permanecido firme al pie de la cruz, compartiendo el dolor de Jesús, el que reposó en su pecho en la cena, al llegar al sepulcro entiende la palabra del Maestro: **«Al tercer día resucitaré»**, entonces: **«vio y creyó»**. Al ver los signos, aquel discípulo creyó que se habían cumplido las Escrituras, que el proyecto de Dios para la salvación del hombre se había cumplido, en su muerte y resurrección, la descendencia de la mujer había aplastado la cabeza de la serpiente. El proyecto de Dios se ha cumplido plenamente como había anunciado el mismo Jesús levantado en el madero de la Cruz: **«Todo se ha cumplido»**. En la resurrección de Jesús se han cumplido los anhelos y se han desvelado los interrogantes más profundos del hombre.

Y este acontecimiento de la resurrección es el que constituye el centro de la predicación de la Iglesia, lo que llamamos el kerigma, que lo tenemos expresado en la primera lectura cuando Pedro está predicando en casa del centurión Cornelio en Cesarea, adonde fue Pedro impulsado por el Espíritu, allí les anuncia el centro de la predicación de la Iglesia y les expone que han recibido el encargo de predicar al pueblo y dar testimonio de que el crucificado y el resucitado ha sido constituido juez de vivos y muertos. El mismo pasaje de los hechos de los apóstoles nos cuenta que, mientras Pedro hablaba, el Espíritu de Dios se derramó sobre los presentes y fueron bautizados, esto es que, siendo paganos, fueron incorporados a Cristo resucitado, lo que supone que el acontecimiento de la Resurrección es para toda la humanidad, Dios no hace acepción de personas y la salvación no se circunscribe a Israel.

Por todo ello, en este día de Pascua es bueno que recordemos que en el bautismo fuimos incorporados a la resurrección de Cristo, resucitamos con Cristo y, por eso, tenemos que buscar los bienes de arriba **«no los de la tierra»**, pero sabiendo que mientras caminamos en esta tierra **«habéis muerto, y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios»**, por ello siendo criaturas nuevas en Cristo resucitado, tenemos que seguir a Jesús en este mundo por el camino de la cruz, para que **«cuando aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también nosotros aparezcamos, juntamente con él, en gloria»**. Por tanto, hoy, con el gozo de la Pascua podemos proclamar con el salmista: **«Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo»**. Pero mientras tanto, hagamos que la actuación del Señor en el mundo se haga visible por nuestra palabra y nuestro testimonio de vida.

Celebrar la Semana Santa y vivir la Pascua, es actualizar el acontecimiento fundante de nuestra fe. No se trata de un recuerdo lejano o un rito anodino; y mucho menos se trata de una costumbre. Es memoria que renueva y da vida. Es presente y futuro; amor y misericordia; símbolo y profecía. Es zambullirse en un torrente que arrastra tras las huellas del Señor. Recorriendo todo un camino donde la vida se derrama y derrocha por los demás. Jesús, el Ungido, recorre un itinerario en el que no hay vuelta atrás. Una vida por los demás, por muchos, ¡por todos! Un mensaje cautivador, gestos transgresores, una acogida universal. Nadie queda fuera del proyecto de Dios. Nadie resulta extraño para su plan de salvación.

Y nosotros, estamos convocados a seguir sus pasos e invitados a abrir los ojos a los necesitados, a estar al lado de nuestros prójimos, y a subir a Jerusalén con ellos y por ellos. Jesús no esquivó la cruz, sino que la misma cruz es manantial de donde nace vida y más vida.